

Y para no guardar silencio sobre circunstancia alguna conducente á demostrar la concienzuda imparcialidad con que nos hemos expresado sobre la persona y los merecimientos, así como sobre los errores en que pudo caer el expatriado caudillo, no omitiremos hacer mérito de la oportuna observación que en esclarecimiento de la parcialidad con que en aquellos días de prueba para el duque de la Victoria fué tratado por sus triunfantes adversarios, hace el constante apologista de aquel, el señor don Antonio Pirala. Dice este en las últimas páginas de su *Historia de la Guerra civil*:

«Los que acriminaron al duque (de malversador de fondos públicos) hubieron de arrepentirse de ello. Sin querer acriminarlos, nos apena que los partidos políticos apelen á medios ilícitos, aunque no sea nuevo en la historia. Del general Bonaparte cuando salió de Egipto, el intendente del ejército, creyendo que sería aquel apresado por los cruceros ingleses, escribió al Directorio que había extraído dos millones de francos; acusación que fué una calumnia, como en su historia lo demostró Thiers.»

El día 3 de agosto, zarpó anclas el *Malabar* y el 6 fondeaba en Lisboa. A su arribo intentó delicadamente el duque explorar al gobierno portugués por conducto del general Nogueiras, último ministro de la Guerra de la Regencia, é igual gestión hizo que se practicase cerca del ministro de España en aquella corte, sobre cuál sería la opinión tanto del gabinete como de nuestra legación acerca de la bajada á tierra del duque, y cúpole al último el doble disgusto de recibir una negativa, agravada por el desdenoso silencio del ministro de España Aguilar, quien era deudor al gobierno de la Regencia del puesto que ocupaba.

Del bordo del *Malabar* pasaron el general Espartero y su comitiva al del vapor de la marina real inglesa el *Prometheus*, cuyo buque tomaba el 16 el rumbo de Portsmouth, donde arribó el 20. Desembarcado que hubieron los fugitivos, se dirigieron á Londres, donde el duque fué acogido por el gobierno, por la aristocracia y por la generalidad del pueblo inglés con señaladas muestras de simpatía. La municipalidad de aquella metrópoli, célebre por mas de un título y cuya hospitalidad es mirada por propios y extraños como un testimonio honorífico en sumo grado, recibió á Espartero con la solemnidad y agasajos que rara vez había dispensado á los mas célebres huéspedes extranjeros.

Llegados al término de la historia de la minoría del reinado de Isabel II, no nos toca extendernos á los hechos relativos á la residencia de Espartero en Inglaterra, pero como acto íntimamente ligado á las vicisitudes de la Regencia, debemos dejar consignado el documento por medio del cual, llegado que fué el día 10 de octubre de 1844, término legal de su finada magistratura, habló el duque de la Victoria por última vez á los españoles con el carácter propio de la autoridad que había ejercido.

Hé aquí el tenor de dicho importante documento:

«El día 10 de octubre de 1844 es el señalado por la ley fundamental de la monarquía para que S. M. la Reina doña Isabel II entre constitucionalmente á gobernar el reino; en él, cumpliendo con una deuda de lealtad, de honor y de conciencia, debería poner en sus augustas manos la autoridad real, que las Cortés en uso de su prerogativa constitucional depositaron en las mías. Desde que el voto nacional me señaló entre mis conciudadanos para honrarme ensalzándome á la Regencia, deseaba que llegase este día, el mas satisfactorio de mi vida pública, en que de la cumbre del poder supremo debía descender á la tranquilidad del hogar doméstico, consagrando mis últimas palabras á la gloriosa bandera de la Constitución, que el pueblo había enarbolado para reconquistar su libertad, y que dos veces en este siglo, á costa de torrentes de sangre, había salvado la dinastía de sus reyes. La Providencia se ha negado á mis votos y á mis esperanzas, y en vez de hablarlos en medio de la ceremonia de un acto augusto y solemne, os dirijo mi voz desde el destierro.

»El mundo entero sabe que jamás ha habido mas libre, mas

franca y mas general discusión que la que precedió á mi nombramiento de Regente. Acepté, españoles, este cargo no como una corona mural concedida por victorias, sino como un trofeo que el pueblo había puesto en la bandera de la libertad.

»Fiel observador de las leyes jamás las quebranté, nada omití para hacer la felicidad del pueblo; cuantas leyes me presentaron las Cortés fueron sancionadas sin dilación; el ejercicio de la acción de la justicia fué independiente del gobierno, que jamás usurpó las funciones de los demás poderes públicos; y todos los manantiales de riqueza y de prosperidad recibieron el impulso y protección que las circunstancias permitieron. Si alguna vez para conservar el imperio de las leyes tuve que apelar á medidas fuertes, la justicia, no el gobierno, decidí de la suerte de los desgraciados. No descendí á los pormenores de mi conducta como Regente: la historia me hará justicia; yo me someto á su inflexible fallo: ella dirá con una imparcialidad difícil en mis contemporáneos, si tuve otra aspiración mas que el bien de mi patria, ni otro pensamiento que el de entregar en este día á la Reina doña Isabel II una nación próspera dentro y respetada fuera: ella dirá si en medio de las agitadas luchas de los partidos seguí otra divisa mas que la de salvar la libertad, el trono y la ley del encontrado vaiven de las pasiones: ella podrá decir las causas que detuvieron la realización de muchas útiles reformas. Cuando se prepararon nuevos disturbios nada omití en el círculo de las leyes para evitarlos: no volveré la vista atrás, no trazaré el cuadro triste de funestos acontecimientos que todos lamentamos, y que dejándome sin medios para resistir me obligaron á tomar asilo en un país hospitalario, protestando antes en nombre de la santidad de las leyes y de la justicia de su causa.

»Protesté, españoles, no por miras de una ambición que jamás he abrigado, sino porque así cumplía á la dignidad de la nación y á la de la corona. Representante constitucional del trono, no podía ver en silencio destruir el principio monárquico; depositario de la autoridad real, debía defenderla de los tiros que se la dirigían; personificando el poder ejecutivo, estaba en el deber de levantar la voz cuando veía hacer pedazos las leyes. Mi protesta tenía por objeto evitar el funesto precedente de convenir en nombre del trono en su destrucción: no era un grito de guerra, no hablaba á las pasiones ni á los partidos; era la exposición sencilla de un hecho, una defensa de los principios y una apelación á la posteridad. Alejado de vosotros, no ha habido un gemido en el reino que no haya tenido eco en mi corazón; no ha habido una víctima que no haya encontrado compasión en mi alma.

»Cuando llegue el día feliz en que pueda regresar á mi querida patria, hijo del pueblo, volveré á confundirme en las filas del pueblo sin odios y sin reminiscencias: satisfecho de la parte que me ha cabido para darle la libertad, me limitaré en mi condición privada á gozar de sus beneficios; mas en el caso de peligrar las instituciones que la nación se ha dado, la patria á cuya voz jamás he ensordecido, me encontrará siempre dispuesto á sacrificarme en sus aras.

»Y si en los insondables decretos de la Providencia está escrito que debo morir en el ostracismo, resignado con mi suerte, haré hasta el último suspiro fervientes votos por la independencia, por la libertad y por la gloria de mi patria.

»Londres 10 de octubre de 1844.—*El duque de la Victoria.*»

En esta como en todas las manifestaciones de los sentimientos del general Espartero, sobresale el fondo de su no desmentida honradez y de su patriotismo á toda prueba, al mismo tiempo que en sus juicios y apreciaciones políticas, claramente se trasluce que no bastando para servirle de guía la nobleza de su carácter, era propenso á adoptar la opinión de sus allegados, no apercibiéndose al hacerlo de los errores que tan frecuentemente le habían hecho cometer; errores que, á pesar de su gravedad, no obstaron para que el histórico nombre que adquirió como gran soldado, y enaltecido y glorioso plebeyo, haya honrado la memoria de Espartero, sin que la haya rebajado el que la naturaleza y la educación le hubiesen negado las condiciones que hacen aptos á los hombres para ser estadistas y ciertos guías de los destinos de un gran pueblo.

## LIBRO DÉCIMOTERCERO

SITUACION DE ESPAÑA AL DECLARARSE LA MAYOR EDAD DE DOÑA ISABEL II

### CAPITULO PRIMERO

Florecimiento literario.—Causas que le prepararon.—Los afrancesados y los emigrados liberales.—La poesía romántica

Refugiado ya Espartero en tierra extraña, y triunfante la coalición, que pronto va á romperse para que el partido reaccionario mande solo, se halla próxima la declaración solemne de la mayor edad de la Reina, con la cual va á empezar verdaderamente su reinado y con él un nuevo é importantísimo período de nuestra mas reciente historia.

Esta, á pesar de su agitación y de su riqueza en casos estruendosos, lances y cambios, sería monótona, si á lo meramente político se limitase. Toda ella es un continuo tejer y destejer; pronunciamientos y contra-pronunciamientos; constituciones que nacen y mueren; leyes orgánicas que se mudan apenas ensayadas; partidos medios que por no contar con crédito y secuaces bastantes en el pueblo, ni confiar en las vías legales, apelan á la insurrección del ejército á fin de escalar el poder; partidos extremos, que no confían tampoco en las vías legales, y que apelan á las armas, aunque de un modo mas popular, creando y sosteniendo largas, costosas y sangrientas guerras civiles; carencia absoluta de verdadera y legítima opinión pública, al menos pacíficamente manifestada, por donde se explican tantos tumultos y trastornos; apuros y miserias del Tesoro, aterrador aumento de la deuda y cruel recargo en los tributos, amargo fruto de dichos trastornos, de los gastos que motivan y de los desórdenes á que prestan ocasiones propicias; inconsistencia de las mas respetables agrupaciones ó parcialidades, por el alejamiento de ellas de los que no viven de la política, dejando solos á los prohombres políticos de profesión, á su clientela, ora cesante, ora empleada, y á los capitalistas, prestamistas y banqueros, que especulan con los ahogos del erario. Todo esto hace de nuestra historia política algo tan sin finalidad y sin propósito, tan triste y tan desengañado, que da gran dolor el tener que escribirla, siquiera sea rápidamente y dejando á un lado pormenores á menudo harto lastimosos.

Por dicha, esta nación, en virtud de una vitalidad íntima y poderosa, del heroísmo pasivo con que se resigna á cuantos sacrificios se le imponen, así de dinero como de sangre, y gracias al movimiento providencial é irresistible del resto de Europa, que la lleva en pos de sí, progresa, adelanta, gana mucho en todo, á pesar del constante desgobierno, y da muestra de la aptitud de sus hijos, en no pocas ciencias, artes y aun industrias, aunque nunca ó casi nunca en las de gobernarse bien. Esperemos que tambien esto habrá de aprenderlo y ejercerlo con el andar de los años. Y ahora, por lo pronto, antes de seguir la narración de los sucesos políticos, parémonos á contemplar cuál era la situación de España; qué cambios y novedades se habían realizado en ella, desde que Isabel II subió al trono, y qué señales daba de superior condición en su vida intelectual, social y económica.

Empecemos para ello por hablar de la vida del espíritu, de la revolución que ocurrió en la esfera serena del pensamiento, y de la grande agitación y fecundidad especulativa y literaria, sobrado en desacuerdo con nuestra postración en todo lo material y práctico, para que hasta el día haya sido apreciada y estimada en lo mucho que merece.

Varias causas concurren á la vez al singular florecimien-

to, por donde aquel período se señala. El desden con que Fernando VII había mirado las ciencias y la literatura, el recelo con que le acusan de haber considerado los estudios serios, cerrando en ocasiones las universidades y abriendo escuelas de tauromaquia, y el poco estímulo que se dió, durante su reinado, á todo trabajo de especulación y de imaginación, todo esto paralizó el ingenio de los españoles, mas no logró secarle. Se diría que le tuvo represado como fuente cuyos caños se tapan; así es que, no bien se abrió de nuevo el cauce, brotó con mas fuerza y con mayor abundancia la vena.

Esto en cuanto al propio brio y caudal de ingenio que había en España.

Otros impulsos, venidos de fuera, contribuyeron eficazmente á la producción de dicho fenómeno.

Una nueva secta literaria, llena de entusiasmo, con muchos aciertos en medio de sus extravíos, se había difundido y dominaba en Francia, al terminar el primer tercio del siglo presente. El imperio de la moda, en todo, estaba entonces en Francia para los pueblos neo-latinos, y con mayor pujanza que en el día. Así es que lo que prevalecía allí, había de prevalecer al cabo en Italia, Portugal y España. La nueva secta ó escuela literaria distaba mucho, no obstante, de ser francesa. En parte, por el contrario, había nacido en odio á Francia y para contraponerse al gusto francés. Las guerras y conquistas napoleónicas habían dilatado y corroborado la nueva escuela en Inglaterra y en Alemania, ganosas aquellas naciones de vencer á los franceses, no solo materialmente y con las armas, sino tambien en letras y en todo linaje de poesía. El influjo literario de Francia había sido poderosísimo hasta sobre dichas naciones, desde el reinado de Luis XIV. La fecundidad, la elocuencia, las novedades fáciles de entender, la pasión y el arrebató, el atractivo contagioso que tiene lo prohibido, las gracias y los chistes y hasta lo licencioso, picante y á veces desvergonzado de los escritores franceses del siglo XVIII, de los enciclopedistas, y de ingenios tan peregrinos, ya enérgicos y sentimentales, ya amenos y divertidos, como Voltaire, Rousseau, Diderot y otros, habían asegurado este imperio. Lo fácil mismo y lo somero de su filosofía, fundada en pobre metafísica ó apenas con metafísica, ora partiese de un deísmo vago, ora de un ateísmo y materialismo radicales, habían arraigado mas en todas partes el predominio de la ciencia y de la literatura francesas. El atrevimiento y la novedad de muchas ideas políticas, que al cabo la gran revolución de 1789 trajo al terreno práctico, dieron alas á la propaganda del gusto francés y le extendieron hasta en aquellos países mas contrarios por su espíritu á las nuevas ideas y regidos por gobiernos mas aptos para impedir que en ellos se divulgasen.

En España misma, desde el advenimiento de los Borbones, empezaron á prevalecer el gusto y la imitación de las letras francesas, siguiendo nosotros el movimiento intelectual de aquella nación y remedándole mas ó menos incompleta y desmañadamente en todas sus fases, é incurriendo en la grave falta de renegar, olvidar ó menospreciar lo mucho bueno, peculiar y castizo que había aun en nuestra propia civilización, aunque decaída. Contra esta invasión del gusto francés había habido protestas en España, durante el siglo XVIII, pero habían sido desatendidas ó ahogadas por el general aplauso que se daba á los innovadores.

El pueblo donde el influjo francés se había sentido menos, porque su espíritu tiene algo de extraño, original y aparta-

do, como lo está también la tierra rodeada de mar en que dicho pueblo habita, es el pueblo inglés. El predominio de los franceses, lejos de encontrarle decaído, le encontró en momentos de grande auge y crecimiento de su fortuna y poder político. Así es que el influjo francés no fué omnívoto en Inglaterra. Este influjo mas bien fué mutuo, recibiendo acaso, en el comercio de ideas, los franceses de los ingleses mas de lo que dieron en cambio. Basta citar los nombres de Newton y de Locke, para convencerse de ello. Hubo, sin duda, algo del espíritu francés y del gusto francés en la literatura inglesa del siglo pasado, pero descolando á menudo la imitación por cima de los modelos y del pensamiento germinal que la informaba. Así Dryden y Pope como poetas, Fielding, Swift y Richardson como novelistas, Addison como crítico, y Gibbon y Robertson como historiadores. Pronto, con todo, rompió el ingenio inglés las trabas de la imitación y de la moda, y apareció con toda su originalidad y lozanía, abriendo, en cierto modo, nuevos caminos. El patriotismo inglés, sobrecitado por la rivalidad con Francia, sobre todo durante las guerras contra la república y el imperio, contribuyó á esto. En Escocia apareció una nueva escuela filosófica que aplicaba el método experimental y de observación sutil y analítica á las facultades del alma humana. Un hábil observador, Adán Smith, casi se puede decir que inventó una ciencia nueva: la economía política. Y otro hombre eminente, Walter Scott, lleno de fantasía poética, muy erudito en historia y en arqueología, en especial de su patria, y dotado de perspicacia singular, de algo como una segunda vista para penetrar en lo pasado, debe tenerse como creador de un nuevo género de literatura: la novela histórica, donde, sobre el cuadro ó fondo de acontecimientos reales, bordaba la imaginación personajes imaginarios y una serie de sucesos fingidos, enlazados discretamente con la historia misma, con lo cual se abría ancho campo para el estudio de la vida social, usos, costumbres, ideas, creencias y preocupaciones de la época que se trataba de describir. Este nuevo género de composición poética, aunque con mas frecuencia que en verso estuviese en prosa, tuvo grande influjo y muchos imitadores así en Inglaterra como en el continente, y bien cabe asegurar que, trascendiendo de la novela á los mas serios estudios históricos, produjo cambio y mejora en ellos, y casi creó una escuela de historiadores, de la cual son en Francia representantes brillantísimos Barante y ambos Thierry.

La poesía lírica, que habia tenido, á vuelta de mucha corrección en la forma, del sano juicio y de la carencia de extravíos que recomendaban Boileau y otros preceptistas como el mismo Blair en Inglaterra, vuelo desmayado y bajo, se alzó también con atrevimiento dichoso y potente impulso á las mas altas regiones del pensamiento y de la fantasía. La falta de fe, la incredulidad que se habia mostrado contra las religiones positivas, y en burlas y sarcasmos singularmente contra el cristianismo, hubo de retroceder espantada de su propia obra, al considerar los estragos y desórdenes de la primera revolución francesa, por lo cual empezaron á renacer y prevalecer la antigua piedad cristiana y cierto espiritualismo y misticismo: sentimientos de que se hicieron eco sonoro y dulce no pocos poetas. Otros, que no lograban arrancar de sus espíritus el fermento de impiedad y la duda que los corroía, en vez de hacer alegremente alarde de ello, se desataron en lamentaciones, desesperadas á veces, sobre la triste situación de sus ánimos, trayendo al arte un pesimismo melancólico, que despues ha pasado en muchos países á la ciencia y á la filosofía, y del que fueron entonces acabados modelos Byron y Shelley.

Como reacción contra la poética acompasada y sobrecargada de reglas del pseudo-clasicismo francés, y contra la idea, que habia llegado á hacerse vulgar, de que habia habido cuatro siglos de oro en la historia de las letras, los de Pericles, Augusto, Leon X y Luis XIV, fuera de los cuales todo era reflejo é imitación de los modelos inmortales, creados en dichos siglos, nació el prurito de ensalzar hasta lo sumo todo lo popular y espontáneo, empezando por las obras del país en que se habia nacido, y derramando luego esta admiración sobre los demás pueblos y países. De aqui la trasformación que

tuvo el arte literario en sus manifestaciones diversas. Se estudió con mas amor que nunca la propia poesía nacional: las antiguas leyendas y tradiciones, baladas, romances y cantares, se desenterraron del polvo en que yacían ó se escribieron de nuevo. Se declaró la guerra al empleo de la mitología clásica y se acudió á lo sobrenatural cristiano para máquina de los poemas. Como este sobrenatural tiene su fundamento y raíz en los libros sagrados de nuestra religion, volvieron estos á estudiarse como fuente y dechado de poesía. Por otra parte, no limitándose ni aquietándose con esto el amor propio nacional, buscó en muchos países un sobrenatural propio, ó no griego ni latino, ya que propio no pudiera ser. Las antiguas mitologías del Norte de Europa y hasta las del Oriente surgieron para combatir contra la clásica. Macpherson, tal vez tomando por guía fragmentos de poemas de los antiguos bardos, tal vez sacándolo de su propia imaginación, armada de cierto aparato erudito, dió nacimiento al gran poeta Osian, cuyos poemas, creídos del tiempo de que Macpherson supone, fueron admirados é imitados por toda Europa.

Con mas profundidad y mas radicalmente que en Inglaterra, tuvo lugar en Alemania esta revolución en las letras, si bien su influjo en nuestro país fué menos inmediato y mucho mas tardío. En Alemania, antes de sus guerras con la república francesa y con el imperio napoleónico, habia surgido la protesta y se habia declarado la guerra contra el gusto francés. El influjo de Francia sobre Alemania habia sido grandísimo en literatura. El influjo de Alemania sobre Francia, casi nulo hasta mucho mas de mediado, hasta casi llegar el fin del siglo XVIII. Los franceses desconocían la lengua de sus vecinos del lado allá del Rhin, desconocían también la literatura, y á una y á otra casi las tenían por bárbaras. La Alemania, con todo, ni aun en las épocas de mayor engrandecimiento francés, dejó de ejercer en Francia grande influjo en las ciencias y en la filosofía. Sus sabios y sus filósofos escribían aun en latín y á veces en francés, y sus doctrinas y sistemas eran en Francia conocidos y seguidos. Así es que Leibnitz, tuvo en Francia, durante todo el siglo XVIII, no menos parciales que Locke y que Condillac, y si cabe mucho mas importantes y gloriosos. Diderot, Buffon, Bichat y otros sabios de casi igual valer, siguieron el método intuitivo de Leibnitz, compitiendo y tal vez venciendo en Francia á los discípulos de Condillac y de su método analítico.

El desenvolvimiento ulterior de la lengua alemana hizo que esta lengua pasase de la literatura amena á la filosofía y á las ciencias, y que se dejase de escribir sobre estas materias en latín y en francés. Esto contribuyó poderosamente (ya que el influjo del lenguaje, instrumento del pensamiento, puede mucho sobre el pensamiento mismo) á que la filosofía alemana, que mas tarde hubo de nacer y desenvolverse, tuviera mayor originalidad y condiciones mas peculiares y castizas; pero, por lo pronto, retardó su difusión por países extraños y puso por límites á su imperio los del mismo país en que habia nacido. No es nuestro ánimo hablar de estas cosas sino rápida y someramente, si bien algo importa saber y decir para que se comprendan todos los elementos é impulsos que concurrieron al movimiento intelectual de España en el período de que acabamos de trazar la historia política.

El levantamiento de Alemania contra el predominio francés en las letras precedió con mucho á la guerra de nación á nación. En varios puntos coincidió con la rivalidad inglesa; en otros fué mas radical y mas hondo.

Igual espíritu de nacionalidad hizo que la antigua mitología germánica con sus héroes, dioses y semidioses, surgiese contra la clásica mitología griega, como se nota en muchas composiciones de Klopstock. Contra la impiedad, sensualismo y ateísmo de la literatura y la poesía, revivió el antiguo fervor cristiano, patente con mayor brillo y mas que en nadie en el ya citado Klopstock, en su poema de la *Mesíada*.

La crítica se alzó también en armas del modo mas enérgico contra los preceptistas franceses, y contra el fruto de sus preceptos en la lírica, en el teatro y en todo género de composiciones.

Halagado con esto el orgullo patriótico alemán, se creyó que Dios habia suscitado á un adalid para libertar á la patria

del yugo latino en las letras, como ya habia suscitado á otros dos adalides, en edades remotas, para libertarla del yugo material y del yugo religioso. Arminio, combatiendo contra el imperio romano, y Lutero, combatiendo contra el pontífice de Roma, habian hallado un tercer compañero y un digno sucesor en el crítico Lessing. Uniendo este crítico la práctica á la teoría, escribió poesía lírica, escribió poesía narrativa, y escribió para el teatro, poniendo en todo un sello de originalidad alemana.

Fomentado el espíritu de especulación y de indagación por las constantes contiendas literarias, se elevó como nunca para buscar el fundamento filosófico de la crítica misma, é hizo nacer, ó, si no hizo nacer, apartó y dió forma y sér distinto á la filosofía ó ciencia de lo bello, llamándola estética ó calología. Casi puede decirse que un discípulo de Leibnitz, por medio de Wolf, el célebre Baumgarten, tuvo la gloria de dar sér individual á esta ciencia, sobre la cual tanto desde entonces hasta ahora han escrito los alemanes de varias escuelas filosóficas.

El espíritu de germanismo, aunque muy soberbio y confiado en sus propias fuerzas, no es exclusivo ni intransigente; y, sin dejar de dar culto y adoración á su genio, llevado de natural y noble curiosidad y del deseo de apoyar en datos históricos sus teorías filosóficas sobre el arte, y de probar que no habia solo modelos dignos de imitación en los cuatro siglos clásicos de oro, se dedicó á estudiar y á realizar los merecimientos y á traducir y hacer propias, hasta donde fuera posible, las grandes obras mas opuestas y apartadas por tiempo y lugar de las literaturas extrañas. Se distinguió en esta tarea el sabio poeta Herder, convirtiendo en elegante poesía alemana las voces poéticas de distintas naciones, traduciendo, aunque libremente, nuestro romancero del Cid, y escribiendo su precioso libro sobre la poesía de los hebreos.

Dado este impulso, resucitó, publicando y restaurando unos, y hasta traduciendo otros al alemán moderno, la antigua poesía lírica y épica de la Edad media alemana. Algunos autores, movidos de un vivo espíritu cristiano, distinguiéndose en ello Tieck y los dos Schlegel, trataron de sublimar la poesía católica de otros países, no siendo España la nación menos favorecida con este motivo; por donde Calderon y Lope, casi desdeñados en España por cuantos presumían de cultos, y abrumados bajo el peso de la reprobación clásicogalicista, merced á la crítica alemana, cobraron nueva vida y penetraron y subieron al lugar mas resplandeciente y encumbrado del templo de la gloria.

No concretándose ni encerrándose el cosmopolitismo ó *panfilismo* literario de los alemanes á los pueblos de Europa, pasó á Oriente; y, ayudado por el espíritu investigador de los ingleses, por sus mismas armas que ya se enseñoreaban de gran parte de la India, y por la curiosidad y tenacidad en los estudios del ingenio francés, empezó desde entonces á traer de Oriente el rico tesoro literario de sus antiguas y sobrepujadas civilizaciones: poesías arábigas anteriores y posteriores al Islam; literatura persa, desde los mas antiguos libros sagrados atribuidos á Zoroastro hasta Hafiz, Sadi y Firdusi; y literatura india, desde los Vedas, los Puranas y los dos grandes poemas épicos, hasta la mas moderna poesía lírica y dramática.

Todo este cúmulo de erudición y de aparato crítico, en vez de ser carga pesada para el genio alemán, fué su mayor estímulo y aliciente, é hizo que se levantase á mayor altura, y que brillase con originalidad superior á la de otras épocas. Hasta aquellos autores, que menos se apartan del pensar y del sentir predominantes entonces en Francia, tienen sello y carácter propio, como acontece con Wieland cuando prevalecía en él con mas fuerza el espíritu volteriano.

Aparecieron, por último, en medio de aquella pléyade luminosa que Alemania tuvo entonces, dos astros de primera magnitud, dos soles espléndidos, que rompiendo al cabo las nieblas esparcieron sus fecundos rayos sobre la tierra toda. Tales fueron Goethe y Schiller, á quienes, con poca inferioridad, siguió mas tarde otro ingenio originalísimo, Enrique Heine, en quien el ser y la condición de alemán están mezclados con el espíritu judaico, porque era judío de casta, y cuyas obras

se han hecho populares é imitadas despues en el resto de Europa.

Al lado de estos altísimos poetas, florecieron y vivieron, llegando varios hasta nuestros días, otra multitud de ellos, como Uhland y Bürger, notables por mas de un concepto, y que todos juntos dieron valer y fisonomía propia á la literatura de aquella nación.

La realzaba, prestándole superior sentido y extraña novedad hasta en el fondo mas íntimo del pensamiento, una poderosa, original, nueva y grande filosofía, cuyo valer se concibe hoy mejor que nunca, y cuyo majestuoso, amplio y completo desarrollo, solo tiene algo comparable en la antigua filosofía griega, desde Sócrates hasta los alejandrinos y neo-platónicos. Ya se entiende que hablamos del movimiento filosófico, que empieza en Kant y sigue con Fichte, Schelling, Hegel y sus contradictorios, hasta Trendelenburg, Schopenhauer y Hartmann.

De todo este florecimiento del espíritu alemán empezó ya á haber noticias en Francia desde los tiempos del primer imperio. Una mujer ilustre, Mme. de Stael, fué parte principal en esta divulgación. Su libro sobre la Alemania popularizó las obras literarias de aquel país en Francia y por consiguiente en el resto de Europa. A ello coadyuvó notablemente, así en la autora como en sus lectores, el espíritu de oposición al régimen napoleónico.

Vencido, por último, el grande emperador, y restaurados los Borbones en Francia, surgió en este país, cooperando á ello el trabajo intelectual inglés y alemán de que hemos hablado, una nueva literatura, sin duda con varias tendencias y direcciones, pero donde prevalecía cierto carácter que se calificó de romántico.

Despues, con el sacudimiento de la revolución de julio de 1830, cobraron mayor actividad los espíritus, hubo mayor anhelo de escribir, y el período literario, empezado con la restauración, se hizo mas floreciente y rico, hasta la caída de Luis Felipe.

Los autores franceses de este período han sido tan leídos, admirados é imitados en España, que casi es inútil nombrarlos. Chateaubriand con su *Genio del cristianismo*, sus *Mártires*, su *Atala* y demás novelas; Víctor Hugo, Lamartine, Dumas, Musset, y tantos otros con sus poesías líricas y su teatro; y el mismo Dumas y Víctor Hugo y una caterva innumerable de otros novelistas franceses, han dado con sus obras de entretenimiento pasto espiritual á dos ó tres generaciones españolas, apartando mucho á los que presumían de cultos, ó lo eran, del estudio, de la lectura y de la admiración de los clásicos del siglo de Luis XIV, de las doctrinas poéticas pseudo-clásicas, y de los escritores sensualistas, ímpios y á veces desvergonzados y chocarreros del siglo XVIII. No cabe duda de que algunas de estas novedades hubieron de penetrar en España antes de la muerte de Fernando VII, pero ni se divulgaron ni hicieron sentir mucho sus efectos, quedándose como estancadas y vinculadas en las altas capas sociales, en la jerarquía ó escala del entendimiento y de la cultura.

Es innegable, sin entrar ahora á investigar las causas, que en España habia habido durante el reinado de Fernando VII gran decadencia en el orden intelectual; postración y esterilidad pasmosas; y que el soplo de libertad, que se extendió por toda la Península despues de la muerte de aquel rey, reanimó el espíritu español y le sacó de su letargo.

En tiempo de Carlos III, merced al favor y protección de príncipe tan ilustrado, habia habido un florecimiento de cultura digno por cierto de alabanza, pero que tuvo algo de exótico, como venido de Francia y de Italia en su raíz y fundamento, y mucho de artificial y de cortesano, como poco sentido y comprendido por el pueblo.

Posteriormente adquirió este florecimiento mayor valer y vitalidad aunque extendiéndose poco entre el pueblo, en virtud de ciertas ideas que vinieron de Francia, que germinaron en algunos espíritus mas despejados y mas cultivados y que excitaron la contradicción en otros. Antes de la revolución y durante la revolución de 1789, penetró entre nosotros el enciclopedismo y con él la filosofía sensualista de los franceses y luego todas las ideas de libertad, de democracia y de progreso.